



SEPULCRO DEL GENERAL O'DONNELL



Desde Lisboa, como no podía menos, expusieron los duques á la Reina haber cumplido su orden, que no tenían cargo explícito, que era extra-legal y depresivo el destierro, y si creyeran oportuno vindicarse, dirían: «Si España, si la desventurada España pasa por situaciones difíciles, que con nuestro corazón deploramos, no somos, no, la causa generadora de ellas. Búsqese en otra parte, si le hay, el origen de conmociones lamentables, que sirven de pretexto para condenarnos. Cuando los pueblos se agitan es que un mal grave les aqueja, que no existen individualidades ni nombres tan poderosos que basten á alzar banderas ni arrastrar á una nación en pos de sí;» protestaban enérgicamente de la medida contra ellos adoptada, y esperaban que el desagravio fuera tan público como la ofensa.

No era esperanza vana, y los mismos duques contribuían á obtenerle grande, ruidoso, como lo deseaban, aunque consentidos en conseguir otro resultado que el que obtuvieron.

El acto de fuerza que acababa de ejecutar el gobierno, efectuando tantos destierros de importancia, habríale sido muy eficaz si contara con la opinión pública, pero le produjo un efecto contrario, porque le enajenó las simpatías, ó la condescendencia de algunos generales que trocaron su indiferencia política por adhesión hácia sus compañeros, á los que consideraban víctimas de excesiva arbitrariedad. Hubo general, Makenna, que se ofreció á libertar á los generales cuando estaban en las prisiones de San Francisco, contando para ello con el regimiento de Asturias. Otros se les ofrecieron para cuanto quisieran, y á su paso por Sevilla para Cádiz, á donde se embarcaron, se les brindó con efectuar el movimiento en aquella ciudad primero y en la segunda despues; pero este se preparaba con mas madurez, y Topete y Malcampo se opusieron á que se prescindiera de los progresistas.

A los agentes que tan activa parte tomaban en los trabajos revolucionarios, se unieron otros de valer: se nombró en Madrid un comité de individuos progresistas y unionistas; se dió forma á los trabajos, en relacion con el centro progresista de Lóndres y el unionista de Canarias; tomó parte eficaz y activa en todo el general Jovellar, procediendo con acierto, y á fines de julio solo faltaba iniciar el movimiento; todo estaba ya preparado.

Se pensó en efectuarle el 9 de agosto, porque el gobierno se iba apercibiendo de algunos trabajos; y no se verificó porque Arias, que mandaba la *Villa de Madrid*, se negó á desembarcar doscientos hombres de la escuadra que pedía el regimiento de infantería de Cantabria para salir del cuartel.

Este propósito, que era solo de los unionistas, alarmó á Prim en cuanto lo supo, y desde Vichy á donde se hallaba tomando las aguas, corrió á Lóndres para dirigirse con no menos celeridad á Cádiz; deteniéndose al saber que no se había realizado el pronunciamiento.

Nuevas contrariedades tuvo que vencer Prim en Lóndres, consistentes en la tirantez de relaciones que existía en Andalucía entre los progresistas y unionistas; estos eran montpensieristas antes que revolucionarios; tuvo Montpensier que tratar con los progresistas (1) y en Lóndres, al fin, se arregló todo. Se concertó que Prim se embarcara el 12 de setiembre en la Mala de las Indias para llegar el 16 á Gibraltar, man-

(1) «El 18 de agosto se presentó en casa del Sr. Muñiz el coronel de estado mayor Sr. Solís, ayudante y secretario del duque de Montpensier, con una carta de introduccion que le había dado en Lisboa don José Merelo. Quería el señor Solís saber hasta dónde podía contar el duque con los progresistas, y sobre todo con los amigos de Prim en favor de su causa. Contestóle Muñiz con toda franqueza, que ni él ni los amigos que trabajaban estaban autorizados mas que para engranar y poner en accion los elementos militares que el duque pudiera aprontar con los que ya había, pero que el día 20 saldría para Lóndres y pondría en conocimiento de aquel centro la pretension y deseos del señor duque, y que como no le sucediera algun *desaguisado*, pensaba estar de vuelta el 27, y le traería la contestacion original. Igual respuesta oyó el señor Solís de los señores Cantero, Olózaga y Moreno Benitez á los cuales fué presentado por Muñiz. El 20 salió este para Lóndres con el pretexto de acompañar á la marquesa de Santiago, que pasaba á Lequeitio á unirse con su marido que mandaba la guardia de alabarderos.»

(*Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusion de la última guerra civil*, por don Antonio Pirala.)

dando antes un vapor á Canarias á buscar á los generales allí desterrados, sin perjuicio de otro vapor que tambien salió de Cádiz.

Despues de este acuerdo, conferenció Prim con Muñiz, Sagasta y Zorrilla, tratándose de la parte material del movimiento y de la personal: en cuanto á la mision respecto á Montpensier, dijo Prim á Muñiz: «Dígale Vd. al señor Solís, que la bandera de la revolucion es: «Córtes Constituyentes, y que el país libremente decida de su suerte.»

No podía Prim, seguramente, comprometerse con el duque de Montpensier, porque alarmado el gobierno francés de su repentino regreso de Vichy, esperábase en el anden de la estacion del ferro-carril en Paris el conde de Lavallette para manifestarle de parte del emperador, que al abandonar al cuarto día unas aguas que tan necesarias supuso para su salud, en cuanto le visitó un español, no podía tener otro objeto que el efectuar la revolucion, en cuyo caso exigía de él el compromiso de no aclamar al duque de Montpensier, si quería que no le fuese hostil el gobierno francés. Prim, que necesitaba la benevolencia de este para las fronteras de Aragon y Cataluña, tuvo que acceder por su parte, encargando á sus mas íntimos que no contrajeran compromiso alguno con el duque. Otros menos escrupulosos trataban de explotarle.

La revolucion, ya inevitable, fué aceptada por la opinion pública como un mal necesario. Era imposible doña Isabel II, porque si en un principio pudo ser compadecida, al evidenciarse su proceder y su conducta, se enajenó el amor, el respeto y hasta la consideracion de los pueblos, que son la base del poder de los reyes. Nuestra sociedad no rinde culto al derecho divino, que no le considera como principio de soberanía, sino á los propios merecimientos.

Los mas monárquicos de la revolucion pretendian reemplazar á la Reina con su hermana doña Luisa Fernanda, duquesa de Montpensier; Prim, como hemos visto, lo dejaba todo á la resolucion de unas Córtes Constituyentes, y don Salustiano Olózaga, factor importante en lo que se disponía, no variaba su fórmula, consistente en que, «había un obstáculo que era preciso derribar, y no era posible derribarlo sin el concurso de todos; que se pensara en quitarle, se hiciera el vacío, y la naturaleza que tiene horror al mismo vacío se encargaria de llenarlo.»

Algunos, muy pocos, se retrajeron porque no querían correr una serie de aventuras; y otros, admitían el destronamiento de la Reina, constituyéndose una regencia durante la minoría de su hijo don Alfonso. Pero todos estos eran los menos, cuya influencia no podía contrabalancear el decidido propósito de que no continuara el reinado de doña Isabel, divorciada completamente del país. *Esto no tiene remedio*, se repetía en todas partes. Los que mas temían la revolucion se limitaban á cruzarse de brazos condoliéndose de los males que veían y de los mayores que preveían.

Las personas mas adheridas al gobierno como Castro, Novales y el mismo conde de Cheste, dimitieron unos sus puestos y no aceptaron otros los que se les daban; y si el último aceptó la Capitanía general de Cataluña, fué como puesto de honor y peligro. El mismo Gonzalez Brabo consideró imposible sostener su posicion, y quiso retirarse; pero no se lo permitió la Reina. Se decidió á combatir la revolucion ó sucumbir, mostrando grande y valerosa actividad. Estando en Lequeitio, escribía: «Se dice que van á entrar emigrados por la frontera de Francia. No me impresiona esto. Hasta me alegraría de ello. La lucha pequeña y de policía me fastidia. Venga algo gordo que haga latir la bilis, con tal que no venga por provocacion ni por negligencia de mi parte. Entonces tiraremos resueltamente del puñal, y nos agarraremos de cerca y á muerte. Entonces respiraré ancho; no ahora, que todo se vuelven traguitos.»

El ministro de la Guerra apenas creía se conspirase. Ya en setiembre se avisó al gobierno que la marina, en odio á Belda, estaba dispuesta á todo: se denunció á Izquierdo y á otros jefes, y á algunas guarniciones, cuyo relevo se pedía, mas Gonzalez Brabo contestó defendiendo á la marina, á Izquierdo y á otros, y escribía: «Así como mi instinto me decía en los primeros días de julio que aquello era verdad, hoy me